

ORANS LECTIO

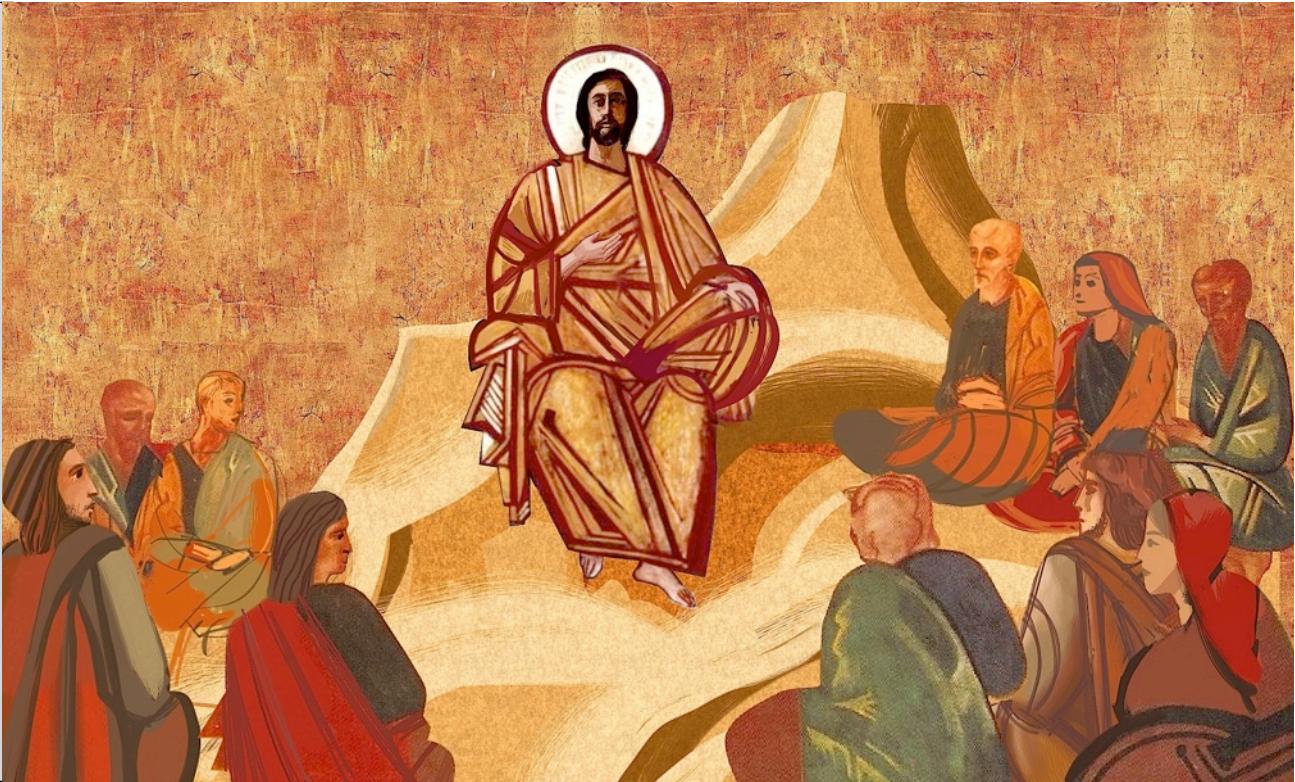
«Dios...
o el dinero»

Am 8, 4-7:
Contra los que
compran por
dinero al
pobre.

Sal 112, 1-8:
Alabad al
Señor, que
alza al pobre.

1 Tm 2, 1-8:
Pedid por
todos los
hombres a
Dios, que
quiere que
todos se sal-
ven.

Lc 16, 1-13:
No podéis
servir a Dios y
al dinero.



22 de septiembre de 2013



DOMINGO XXV ORDINARIO “C”

Lectura del Evangelio de san Lucas

Decía también a los discípulos: "Había un hombre rico que tenía un administrador, al cual acusaron de malgastar sus bienes. Lo llamó y le dijo: '¿Qué es lo que me han contado de tí? Dame cuenta de tu administración, porque ya no ocuparás más ese puesto'. El administrador pensó entonces: '¿Qué voy a hacer ahora que mi señor me quita el cargo? ¿Cavar? No tengo fuerzas. ¿Pedir limosna? Me da vergüenza. ¡Ya sé lo que voy a hacer para que, al dejar el puesto, haya quienes me reciban en su casa!'. Llamó uno por uno a los deudores de su señor y preguntó al primero: '¿Cuánto debes a mi señor?'. 'Veinte barriles de aceite', le respondió. El administrador le dijo: 'Toma tu recibo, síntate en seguida, y anota diez'. Después preguntó a otro: 'Y tú, ¿cuánto debes?'. 'Cuatrocientos quintales de trigo', le respondió. El administrador le dijo: 'Toma tu

recibo y anota trescientos'. Y el señor alabó a este administrador deshonesto, por haber obrado tan hábilmente. Porque los hijos de este mundo son más astutos en su trato con los demás que los hijos de la luz.

Pero yo les digo: Gánense amigos con el dinero de la injusticia, para que el día en que este les falte, ellos los reciban en las moradas eternas. El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho, y el que es deshonesto en lo poco, también es deshonesto en lo mucho. Si ustedes no son fieles en el uso del dinero injusto, ¿quién les confiará el verdadero bien? Y si no son fieles con lo ajeno, ¿quién les confiará lo que les pertenece a ustedes? Ningún servidor puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No se puede servir a Dios y al Dinero".

PREPARACIÓN:

- **Señal de la Cruz**
- **Invocación al Espíritu Santo:**

Ven, Espíritu Santo,
llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos
el fuego de tu amor.
Envía, Señor, tu Espíritu
y todo será creado.

**R/. Y renovarás la faz
de la tierra.**

Oh Dios
que iluminas los corazones de
tus fieles con la luz del Espíritu
Santo:
concédenos sentir rectamente,
según el mismo Espíritu,
para gustar siempre el bien
y gozar de su consuelo.
Por Jesucristo Nuestro Señor.

R/. Amén.

- **Ave María** (prender vela icono)
- **Gloria**
- **¡Silencio!** Dios va a hablar



1º Lectio

¿Qué dice el texto en sí mismo?

1. Lectura lenta y atenta del texto
2. Silencio
3. Releer
4. Reconstruir el texto
5. Entender el sentido del texto en sí:

Catequesis Dominical

LA PALABRA DE DIOS

El profeta **Amós** es conocido por su denuncia de los especuladores, a quienes su ambición les lleva al abuso de los más pobres e indefensos.

La **primera carta a Timoteo** es un escrito pastoral, en el que el apóstol recomienda la oración por todos los hombres, pues la voluntad salvífica universal de Dios enseña a los cristianos a no olvidar a nadie.

Jesús expone en el **evangelio** la parábola del administrador infiel, que tiene una enseñanza: nadie puede servir a Dios, si tiene como dios al dinero.

«**Los hijos de este mundo son más astutos... que los hijos de la luz**». He aquí la enseñanza fundamental de esta parábola. Este administrador renuncia a su ganancia, a los intereses que le correspondían del préstamo, para ganarse amigos que le reciban en su casa cuando quede despedido. Jesús no alaba el fraude, sino que reconoce la astucia de los que se rigen por los principios de este mundo y sugiere que los hijos de la luz deberíamos ser más astutos cuando son los bienes espirituales y eternos los que están en juego. ¡Qué distinto sería si los cristianos pusiéramos en el negocio de la vida eterna, por lo menos, el mismo interés que en los negocios humanos! Debemos preguntarnos: ¿Qué estoy dispuesto a sacrificar por Cristo?

«**Ningún siervo puede servir a dos amos**». Esta es la explicación profunda de lo anterior. El que tiene como rey y centro de su corazón el dinero, discurre lo posible y lo imposible para tener más. Y lo mismo el que busca fama y honor, gloria

humana, poder, comodidad... El que de veras se ha decidido a servir al Señor, está atento a cómo agradarle en todo y se entrega a la construcción del Reino de Dios, buscando que todos le conozcan y le amen. Se nota si servimos al Señor en que cada vez más nuestros pensamientos, anhelos y deseos están centrados en Él y en sus cosas. «*Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*» (Lc 12,34). ¿Dónde está puesto mi corazón? ¿Cuál es mi tesoro? ¿A quién sirvo de veras?

El dinero siempre ha sido y es un peligroso ídolo. Es absorbente de los intereses y preocupaciones del hombre. ¿Cuántas personas han caído en sus redes y han sido esclavizadas por él? La corrupción, la desconfianza familiar y social, las rupturas de amistades... tienen muchas veces como causa el señorío del dinero sobre las personas.

Frente a este ídolo Jesús establece una oposición radical para el servidor de Dios. No se puede servir a dos señores.

Entre los mandamientos de Dios, el décimo habla de poner el corazón o en Dios o en los bienes ajenos. Pocas veces se habla de los deseos del corazón, pero es ahí donde se elevan altares: o a Dios o al dinero.

LA FE DE LA IGLESIA

Dios, Bien Supremo y fuente de todo bien.

La pobreza de corazón
(2541 – 2550).

Jesús exhorta a sus discípulos a **preferirle a Él respecto a todo y a todos** y les propone «*renunciar a todos sus bienes*» (Lc 14, 33) por Él y por el Evangelio. Poco antes de su pasión les mostró como ejemplo la pobre viuda de Jerusalén que, de su indigencia, dio todo lo que tenía para vivir (Lc 21, 4). **El precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos.**

Todos los cristianos han de intentar **orientar rectamente sus deseos** para que el uso de las cosas de este mundo y el apego a las riquezas no les impidan, en contra del espíritu de pobreza evangélica, buscar el amor perfecto.

«*Bienaventurados los pobres en el espíritu*» (Mt 5, 3). Las bienaventuranzas revelan un orden de felicidad y de gracia, de belleza y de paz. Jesús celebra la alegría de los pobres, a quienes pertenece ya el Reino: «*Jesucristo llama "pobreza en el Espíritu" a la humildad voluntaria de un espíritu humano y su renuncia; el apóstol nos da como ejemplo la pobreza de Dios cuando dice: "Se hizo pobre por nosotros"*» (S. Gregorio de Nisa).

El Señor se lamenta de **los ricos** porque **encuentran su consuelo en la abundancia de bienes**. «*El orgulloso busca el poder terreno, mientras el pobre en el espíritu busca el Reino de los cielos*» (S. Agustín). El **abandono en la providencia** del Padre del cielo libera de la inquietud por el mañana. La **confianza** en Dios dispone a la bienaventuranza de los pobres: ellos verán a Dios.

El **deseo de la felicidad verdadera** aparta al hombre del apego desordenado a los bienes de este mundo, y tendrá su plenitud en la visión y la bienaventuranza de Dios.

Corresponde, por tanto, al pueblo santo **luchar, con la gracia de lo alto, para obtener los bienes que Dios promete**. Para poseer y contemplar a Dios, los fieles cristianos mortifican sus concupiscencias y, con la ayuda de Dios, vencen las **seducciones del placer y del poder**.

La codicia y concupiscencia por los bienes (2534 – 2540).

El **décimo mandamiento** desdobra y completa el noveno, que versa sobre la concupiscencia de la carne. **Prohíbe la codicia** del bien ajeno, raíz del robo, de la rapiña y del fraude, prohibidos por el séptimo mandamiento. La *"concupiscencia de los ojos"* (1 Jn 2, 16) lleva a la violencia y la injusticia prohibidas por el quinto precepto. La codicia tiene su origen, como la fornicación, en la **idolatría** condenada en las tres primeras prescripciones de la ley (Sb 14,12). El décimo mandamiento **se refiere a la intención del corazón**; resume, con el noveno, todos los preceptos de la Ley.

El **apetito sensible** nos impulsa a desear las cosas agradables que no poseemos. Así, desear comer cuando se tiene hambre, o calentarse cuando se tiene frío. Estos deseos son buenos en sí mismos; pero con frecuencia no guardan **la medida de la razón** y nos empujan a codiciar injustamente lo que no es nuestro y pertenece, o es debido, a otra persona.

El décimo mandamiento prohíbe la **avaricia** y el deseo de una apropiación inmoderada de los bienes terrenos. Prohíbe el **deseo desordenado** nacido de la pasión inmoderada de las riquezas y de su poder. Prohíbe también el **deseo de cometer una injusticia** mediante la cual se dañaría al prójimo en sus bienes temporales:

Cuando la Ley nos dice: *"No codiciarás"*, nos dice, en otros términos, que **apartemos nuestros deseos de todo lo que no nos pertenece**. Porque la sed de los bienes del prójimo es inmensa, infinita y jamás saciada como está escrito: «el ojo del avaro no se satisface con su suerte» (Si 14, 9).

No se quebranta este mandamiento deseando obtener cosas que pertenecen al prójimo siempre que sea por **medios justos**.

¿Quiénes son **los que más deben luchar contra sus codicias** pecaminosas? y a los que, por tanto, es preciso exhortar más a observar este precepto: los **comerciantes**, que desean la escasez o la carestía de las mercancías, que ven con tristeza que no son los únicos en comprar y vender, pues de lo contrario podrían vender más caro y comprar a precio más bajo; **los que desean que sus semejantes estén en la miseria** para lucrarse vendiéndoles o comprándoles; los **médicos**, que desean tener enfermos; los **abogados** que anhelan causas y procesos importantes y numerosos.

El décimo mandamiento exige que se destierre del corazón humano la **envidía**. Cuando el profeta Natán quiso estimular el arrepentimiento del rey David, le contó la historia del pobre que sólo poseía una oveja, a la que trataba como una hija, y del rico que, a pesar de sus numerosos rebaños, envidiaba al primero y acabó por robarle la cordeña (2 Sam 12, 14). **La envidía puede conducir a las peores fechorías** (Gn 4, 37; 1 R 21, 129). La muerte entró en el mundo por la envidiad del diablo (Sb 2, 24).

La envidiad es un **pecado capital**. Manifiesta la **tristeza experimentada ante el bien del prójimo** y el deseo desordenado de poseerlo, aunque sea en forma indebida. **Cuando desea al prójimo un mal grave es un pecado mortal**: San Agustín veía en la envidiad el *"pecado diabólico por excelencia"*. El bautizado debe luchar contra ella mediante la **benevolencia**. La envidiad procede con frecuencia del orgullo; el bautizado ha de esforzarse por vivir en la **humildad**.

LOS TESTIGOS DE LA FE

«De la envidia nacen el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría causada por el mal del prójimo y la tristeza causada por su prosperidad» (S. Agustín).

«¿Querríais ver a Dios glorificado por vosotros? Pues bien, alegraos del progreso de vuestro hermano y con ello Dios será glorificado por vosotros. Dios será alabado –se dirá– porque su siervo ha sabido vencer la envidia poniendo su alegría en los méritos de otros» (S. Juan Crisóstomo).

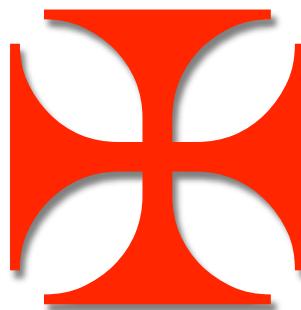
«La promesa de ver a Dios supera toda felicidad. En la Escritura, ver es poseer. El que ve a Dios obtiene todos los bienes que se pueden concebir» (S. Gregorio de Nisa).

Compartir en Cristo**Contemplación, vivencia, misión:**

Hoy las palabras del Señor suenan a algo “extraño”. Pero la Verdad, que es él mismo, tiene la última palabra. Dios se ha hecho hombre y, como tal, es el único Mediador y Salvador. Los bienes de la tierra son dones de Dios Amor para compartir y crear convivencia familiar y social. Riquezas, poder, honores, todo termina en basura cuando no se convierte en amor de donación.

En el día a día:

Las crisis económicas no se solucionan con protestas, parches y sucedáneos. Si no cambia el corazón, no se construyen las comunidades. La historia demuestra que las crisis renacen con más virulencia cuando el corazón, la familia y la sociedad siguen divididos.

6. Frase o palabra clave

2º *Meditatio*

¿Qué me dice el texto a mí?

1. Meditación en silencio (música)
2. Compartir en voz alta

3º *Oratio*

¿Qué le digo yo al Señor como respuesta a su Palabra?

1. Oración espontánea en voz alta (alabanza, intercesión, petición, acción de gracias...)
2. Rezo de algún salmo, cántico, preces, oración escrita...

Atardece, anocchece, el alma cesa de agitarse en el mundo como una mariposa sacudida

La sombra fugitiva ya se esconde. Un temblor vagabundo en la penumbra deja su fatiga

Y rezamos, muy juntos, hacia dentro de un gozo sostenido, Señor, por tu profundo ser insomne que existe y nos cimienta

Señor, gracias, que es tuyo el universo aún; y cada hombre hijo es, aunque errabundo, al final de la tarde, fatigado, se marche hacia lo oscuro de sí mismo; Señor, te damos gracias por este ocaso último.

Por este rezo súbito.

Amén.



4º *Contemplatio*

¿Qué te ha hecho descubrir Dios?

1. ¿Con qué te ha sorprendido Dios? Disfrútalo, saboréalo.
2. ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida te pide el Señor?
3. Resonancia o eco: repite la frase que más te haya llegado.

5º *Actio*

¿Qué te mueve Dios a hacer?

1. Pide luz a Dios
2. Trata de fijar un compromiso concreto
3. Revisión compromiso semana anterior

CONCLUSIÓN:

- Oración final

Padre bueno, tú que eres la fuente del amor, te agradezco el don que me has hecho: Jesús, palabra viva y alimento de mi vida espiritual.

Haz que lleve a la práctica la Palabra que he leído y acogido en mi interior, de forma que sepa contrastarla con mi vida.

Concédemelo transformarla en lo cotidiano para que pueda hallar mi felicidad en practicarla y ser, entre los que vivo, un signo vivo y testimonio auténtico de tu Evangelio de salvación.

Te lo pido por Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Padre nuestro...

- Texto próxima semana
- Encargados de preparar
- Avisos
- Canto